EL VIAJERO

EL viajero a aquella puerta llama,
toca, profundo, madera y soledad,
pregunta a la desierta sombra
por el perfume vivo de los árboles.
Y va más lejos su llamada:
forja un metal de áspera violencia,
divide el tiempo en indecisa bruma
y siembra un hueco de pesado roble
allí, al comienzo del paisaje antiguo.

Sobre los días el hombre afirma
su realidad de trémula
luz inevitable, su sosegado
paso de amor;
cuando las tiernas imágenes
invitan a un sueño familiar,
el límpido canto aquel,
como la frente de un niño,
despierta azul, recóndita, subiendo
hasta una campana de apacible piel,
lejana en su suave pulso memorioso.
A veces el mundo es ese instante,
esa fugaz pradera, esa voz
que retorna al corazón, y muere
entre las pálidas remembranzas del ocaso.

Al fondo de esa espuma, de ese
retrato de amables dibujos y colores,
está el perfil de infatigable lluvia;
está el afirmado pulso de la melancolía

de un viejo piano, la desvaída
mirada de una oveja, el indeciso
rumor de un cansado ciprés;
y, para siempre, como una bestia echada,
como un extraño peso, como
un raro abolengo de tristeza,
una mano, sola, despidiendo
los roces tibios, las alas de frescura
de una caricia, el hondo deleite
sobre el corazón.

La mansa claridad de un ángel,
la sosegada vida de la casa,
¿acogerá mi luto, salvará mi frente
del desolado paso de la muerte?

¿La dulce estrella de la noche
me velará, cuando los duros
hierros de la nostalgia, forjen
la cadena lejana de los años?



JOSÉ RAMÓN MEDINA